

Guillermo Koenenkampf (1)

El «Pajarito» (2)

I



HI, a un lado del manzanar, tras el sólido enrejado de alambre, lo tenían prisionero. El sol le daba por las mañanas de frente, en lo alto de su prisión, y en el resto del día le llegaba desde abajo el bronco rumor del río. Y por todas partes, panoramas abiertos a su mirada dominadora de vientos y de infinitos.

Yo no había reparado antes en esa como especie de redondel de quince metros de circunferencia y de cuatro, o acaso cinco, metros de alto en la cúspide, con aspecto de pequeña fortaleza. Construido en torno al fornido tronco de un pino, estaba resguardado, como vi a primera vista, por duras mallas de alambre, ajustadas a no menos sólidos travesaños y pilares que sostenían, estos últimos, un techado cónico de tejuelas de raulí, resguardadas a su vez de las copiosas aguas y de los soles por el frondoso follaje del árbol. Inmóvil y taciturno sobre sus dos extremidades color de fierro, fuertes como los pilares, estaba, en medio del reducto—tal un destronado emperador en su torre—el famoso

(1) Nació en la Ligua, en 1891 y ha publicado: «Camino de Damasco», «Azul del Sur», «Geografía Santa», «Casa con tres patios» y «Rincón de agua». Posee un estilo lírico y sobrio, finamente contrastado en claroscuro.

(2) Inédito.

«Pajarito». Famoso, por lo que después nos contaron de él; aunque hasta esos momentos ignorábamos su existencia. Fué nuestro huésped, don Ulrico Udel, quien nos llamó de pronto la atención sobre el cautivo, mientras nosotros habíamos estado mirando las hermosas plantaciones de la quinta.

—Aquí, pues, es el «Pajarito». ¡Ven ustedes cuánto de fiero y hermoso es! ¡No lo conocían ustedes, no?

Mi amigo y compañero, Pastor Luna, le preguntó admirado a don Ulrico:

—¿No es éste aquel diablo mañosazo que sus hombres pillaron en años pasados en las cordilleras? ¿Cómo ha logrado usted conservarlo vivo, don Ulrico?

—Ahí lo mirra usted, don Pastor—le replicó el caballero, deteniéndose junto a la cárcel del «Pajarito». Volvió de pronto hacia atrás su mirada, y agregó:

—Fídense ustedes ahorra, allá, en el «León»... —y el perfil severo de su semblante se iluminó de picardía y de cariño a la vez.

Nos volvimos nosotros a mirar el hermoso perro mastín que venía renqueando en tres patas tras don Ulrico. Había estado todo el tiempo, desde nuestra llegada a esa casa, tumbado junto a la silla del amo, envolviéndole blandamente en la caricia de sus sumisos ojos alertas. Vimos que el perrazo se había detenido a algunos metros de donde estábamos, y apoyándose en la parte posterior de sus ancas, volvía la cabezota hacia un lado, como en humillado disimulo.

—«¡León!» «¡León!»—le llamó don Ulrico—. ¡Aquí, «¡León!».

El perro alzó sus encuentros e hizo amago de avanzar, ladrando furiosamente. Después se quedó inmóvil, atisbando avergonzado a su amo, y agachó la cabeza sobre el pasto.

Don Ulrico se volvió hacia nosotros, y nos indicó el enrejado. Ahí dentro, más hermoso y más fiero ahora, con el cuello estirado de medio lado, el «Pajarito» lucía, tal dos rubíes, dos ojos inyectados de sangre, persiguiendo con ellos por el claro que deja-

ban nuestros bustos, al perrazo, cuyo pelaje negro sacudían recios tiritones. Contemplamos entonces, admirados, el hermoso ejemplar: majestuoso, imponente—como jamás yo había visto otro—, con su alba gorguera de nieves congeladas en la misma base del cuello, y los dos rubíes centelleantes en la raíz de su nariz aquilina. Una como boina de pelado cuero, achatada sobre la cabeza, en vez del airón de plumas, le daba un aire un poco estrafalario.

—¡Qué tremendo cóndor!—exclamó con ponderación. Mira sus patas, amigo Luna. Más grandes que las de ese perrazo cojo...

Don Ulrico Udet sonrió tristemente; y a su vez miró al perro cojo, que nos vigilaba cauteloso, a la distancia. Y nos dijo:

—Pues ya; este pákaro fué y le rompió al perro su pata, así (quebró entre sus dedos una débil ramita de manzano), de un golpe de su pico, nada más. Fué tremendo: salió el cóndor de la aula, en algún tiempo después de capturrarlo, y estaba bien brafo con todos, y Matildita no estaba, que es la única que él quiere y obedece, y el perro vino y fué a pelearle, y encerrarlo, como él sabe se hace con las aves que se van del gallinero—yo lo pienso—, y..., ahorra lo ven ustedes al pobre «León», con una pata a menos, del purro picotazo...

Mientras yo miraba y remiraba el corvo puñal formidable de ese bandido de las montañas chilenas, don Ulrico agregó compasivamente, fijos aún sus ojos azules, en el perro:

—¡Y yo lo pienso que ése, el «León», fué y trako fuera del río a mi Juan, el hijo menor, que se ahogaba! Yo debí matarlo pues, este pákaro que le había querrido matar al faliente perro... : ¡pero él era faliente también!

Las campanadas del mediodía llamaban en la quinta, a almorzar; y al dirigirnos al comedor, a cuya puerta nos esperaba la rubia Matildita, el caballero palmoteó la cabeza regalona del pobre perro, humillado y herido en su impotencia; pero listo acaso para un nuevo acto heroico.

II

Lo habían capturado al pie de las montañas de Caburgúa. El pícaro estaba «cebado» a las crías tiernas del ganado vacuno, y en menos de quince días había desbarrancado dos o tres tenerillos claveles, que don Ulrico apreciaba mucho. Venía esa vez, el facineroso, persiguiendo en vuelo rasante a una vaquillona con su cría, pegado a las ancas mismas de la madre, la que a trechos se revolvía contra el enemigo, a hacerle frente, defendiendo a cornadas torpes al tenerillo que corría despavorido y al que el bandido aturdió a aletazos. El joven Ulrico, que administraba el fundo de su padre, se había apostado con algunos peones entre los riscos de una estrechura, y allí lograron lacerarlo de un ala. Se defendió el cóndor, en brava lucha contra hombres y perros, hasta quedar vencido.

Lo trajeron abajo, a la quinta de Pucón; y don Ulrico, admirado de su grandura y majestad, no obstante estar maltratado, quiso conservarlo vivo, y lo metieron en una pajarera de palos, más allá de los gallineros. De ahí se había evadido; y entonces el caballero le hizo construir, a pesar del desacato cometido con su perro, una magnífica y sólida habitación a mitad del manzanar.

Bien alimentado, regaloneado por la hija Matildita, que iba a verlo y a halagarlo con dulces palabras, el «pobre Pajarito» como ella le decía, se resignó a vivir cautivo, contemplando silenciosamente, inmóvil sobre un tronco de raulí, los libres picachos cordilleranos que lo llamaban cada mañana desde los ámbitos azules. Y, en los tormentosos días del largo invierno sureño, ascendía hasta el alto gancho del pino que rompía el techo de su prisión, y dormitaba ahí o hundía, como un vulgar pajarillo su pelada cabeza bajo el ala. Se resignó, pues, en apatencia, a su suerte. Pero no se resignaba ante la libre presencia de los alharaquientos canes que le ladraban sin motivo, y en especial ante la del perro «León», al que quizá por qué instintos avizores, le

fué tomando un odio y una inquina tal, que, al sólo divisarlo, parecían galvanizarse de pronto sus músculos, de coraje. Sobre todo, cuando veía a la cariñosa Matildita o a don Ulrico acariciar al mastín, el pájaro bajaba, de un salto de alas, de su mirador, y daba desaforadas vueltas por el redondel y retorció con su pico los gruesos alambres que le aprisionaban. El perro ya no le acometía como antes, por de fuera; y posado en sus cuartos traseros, lo miraba desde lejos, con recelosa mirada.

Pues, como acababa de contar don Ulrico, el bandido había escapado un buen día, de su primitiva prisión. Traspasó la puerta, en una carrerita atolondrada, y se fué por el lado de los gallineros, a pequeños saltos impetuosos, ensayando sus olvidadas alas. Fué entonces cuando el perro «León» lo divisó y acometió contra él:

—Se volvió el pájaro no más—comentó aquí de nuevo don Ulrico—, tirió un golpe con el ala al perro, y una patada, creo, y ¡ya!, le tronchó a él la pata de una puñalada que le dió. ¿Ven ustedes?

III

Y un día, sin preverlo nadie, se consumó el duelo a muerte entre el temible «Pajarito» y el cuasi inválido mastín. La suerte acaso intervino—como acontece casi siempre—en el resultado de la lucha.

Quizá también si el odio ciego había perturbado la percepción clara y fulgurante de la mirada del cóndor; y quizá si la cautiva inacción de muchos meses le mermó en gran parte, en la batalla, el eficaz apoyo de sus alas a la rapidez fulminante de su pico. Había amanecido, el pájaro, torvo y de mal genio, y cuando le llevaron el almuerzo de carne fresca, miró, sin tocarlos, los bofes de cordero que el mozo le echaba uno a uno por la abertura. Comenzó a darse vueltas en torno a la prisión, con airados pasos, alargando de vez en cuando su fea cabeza de rey viejo,

hacia el rojizo sol que comenzaba a remontarse por sobre las cordilleras lejanas, y el que encendía en el rubí iracundo de sus ojos, destellos de sangre; y deteníase a momentos a morder la malla de alambres, entre cuyos hilos revolvía su pico, poniendo oído y exciéndose con los sonidos metálicos que la fuerza del córneo puñal arrancaba a los aceros. Acaso por el hábito instintivo de observar cada vez—aunque no es probable—el modo de abrir y cerrar la puerta de su cárcel, y acaso aún, por mandato alado de su destino, de tanto forcejear y picotear por acá y por allá, dió con la clave del resorte, y la puerta se abrió, dejándole libre paso hacia el aire de la libertad.

Pero por ahí cerca, rondando las huellas del amo entre el pasto del oloroso manzanar, andaba el «León». El cóndor lo vió, y olvidando el llamado de las alturas, redondeándosele más perfectamente el circulillo de los ojos, en el que pareció de súbito girar una llamita diabólica, se lanzó en un trotecillo brioso y torpe, contra el perro. El roce de sus alas medio extendidas, contra los troncos, y el restallar de las hierbas al enredársele a sus garras, hizo alzar la cabezota al desprevenido enemigo, el que se quedó—como se quedan algunas veces los valientes hombres—paralizado ante el peligro; esperando, engrifada su pelambre y sus hocicos, sin atinar a huir o a atacar.

Fué el cóndor, el que tiró el primer golpe. Dió tres o cuatro zancadas; tomó envión, y de un salto fué a caer sobre el perro, azotando el ala y blandiendo el feroz pico, en amago diagonal. Era un golpe mortal y seguro, regido por el ojo fulminante del pájaro. Pero su misma cojera le entrabó al perro el movimiento de huída calculado acaso por el enemigo, el que pasó como una tromba de patas, de plumas y de pico, golpeando con sus alas furibundas sobre el mastín; tumbándolo panza arriba en el pasto. Se revolvió el airado cóndor por entre las matas; pero ya el «León» se había levantado con la presteza que le da ahora la rabia, y se va tras el alevoso «Pajarito», y antes de que el bandido tire la segunda puñalada, se le pega y enreda bajo las alas. El

cóndor chilla y aletea, y da un salto atrás, y vuelve e echársele encima, con aletazos y picotazos, al valiente mastín, que brinca en tres patas en rededor de los troncos, tirando a su vez feroces dentelladas...

Don Ulrico estaba en esos momentos cogiendo ciruelas o manzanas, con Carmelito, el jardinero, al fondo del manzanar, y al ruido volvió la cabeza y se quedó mirando la pelea, con su larga mano alzada e inmóvil por el temor. Parecía, no obstante en esa actitud, ser el juez supremo y espectador de la victoria inapelable.

Pero ya el pájaro bandido, gritando y chillando más y más enardecido se va de nuevo contra el celoso guardián de la propiedad, a apuñalarle los ojos, a patearle la cabeza, a aturdirlo de un aletazo. El perro, a pesar de su cojera, salta y encoge el lomo, y tira fieros tarascones, y da aullidos de dolor y de rabia al ser alcanzado de refilón por algún golpe del enemigo. Y el pájaro ya va a pillarlo; lo fulmina un instante con los pequeños ojos redondos y furentes, y ¡zas! da un salto de costado, por cogerlo de flanco. Pero, inexperto en este sistema de ataque en campo cerrado, sus alas no logran maniobrar libremente; y choca con ellas en el gancho de un árbol, y el propio impulso medio lo tumba y le desvía el tiro; y ahí su rival, de una rápida dentellada, lo coge al vuelo y ruedan ambos, luchando, en un solo montón oscuro de pelos y de plumas, por sobre la hierba del manzanar.

Cuando don Ulrico acudió, seguido del jardinero, en socorro del mastín cojo, el pájaro pateaba y se sacudía violentamente, sepultando bajo sus enormes alas el cuerpo de su rival. Creyeron que el pobre «León» estaba muerto; y con unos garabatos de palo le quitaron el cóndor de encima...; y entonces vieron al bravo perro que, de un salto cojo de sus tres patas, saltaba como un resorte, aferrado aún al pájaro, hundiéndole y apretándole en el cuello los enfurecidos colmillos. El «Pajarito» estaba muerto.

* * *

Algún tiempo después volvimos con Pastor Luna a visitar a don Ulrico Udet, en su quinta. Cuando, tras de haber reposado del viaje y del almuerzo, el caballero nos invitaba hacia el hermoso manzanar, y en circunstancias que nosotros aun no conocíamos el épico desenlace de esta historia, nos dijo de pronto: melancólicamente, deteniéndose y mirando un bulto oscuro, a un extremo de la galería:

—¡Ahí está ahorra, el «Pakarito»!

Allí estaba, embalsamado. Muy tieso y fiero aún sobre el mismo tronco de raulí que le sirviera de trono durante su cautiverio. Ostentaba orgullosamente, como un héroe o un bandido, una póstuma cicatriz que casi le daba vuelta al cuello, un poco más arriba del albo collar de nieves congeladas.